

COLECCIÓN
VIDA BANDIDA

OTRA FE EN LA MATERIA

EDGARDO RUSSO
por SILVIO MATTONI



VERA editorial cartonera

OTRA FE EN LA MATERIA



VIDA BANDIDA

Gente del litoral, ilustres o vagabundos.
De ayer, de hoy y de nunca.

OTRA FE EN LA MATERIA

COLECCIÓN
VIDA BANDIDA

EDGARDO RUSSO
por SILVIO MATTONI



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN **VIDA BANDIDA**

dirigida por Francisco Bitar

Otra fe en la materia: Edgardo Russo por Silvio Mattoni / Silvio Mattoni. —1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2020.

Libro digital, PDF— (Vera Cartonera / Gerbaudo, Analía; Vida bandida; 9)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-221-0

1. Ensayo Literario. 2. Crónicas. I. Título.

CDD A864

© Silvio Mattoni, 2020.

© de la editorial: Vera editorial cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Me enteré de su muerte por teléfono. Su amigo íntimo y colega en la editorial que habían fundado juntos me decía llorando: «No sé qué hacer, no sé qué vamos a hacer...». Creo que invento un poco el momento de su muerte, pero lo imaginé leyendo, revisando las pruebas de un libro, cambiando de lugar las comas, arreglando los verbos, rehaciendo traducciones que se hubiesen distraído y caído acaso en las trampas de la literalidad. Recordé una pregunta antigua, casi oracular: ¿cómo quieres que te encuentre la muerte? Y entonces se respondía: al labrador labrando, al marino navegando.

Tan sólo lo conocí unos quince años, pero pasó por ellos una vida, porque hicimos, planeamos, imaginamos docenas de libros. Y siempre eran libros que se quería tener, que él quería para sí, para su biblioteca que se remontaba a otras épocas. Venderlos era casi un avatar, una posibilidad de otros libros, que se alineaban en el infinito. Y si alguno se perdía, nada podía reemplazarlo, porque era una infinitud de objetos únicos, irrepetibles. Cada nombre no era un sello ni una marca, sino un individuo. Las últimas frases que me dijo por teléfono, semanas antes de morir, fueron: «Hagamos primero el Ponge, después el Bataille, después el Bonnefoy...». Y eran amigos, no autores, eran razones para vivir, no monumentos sepulcrales. Dos años después de muerto,

seguí hablando mentalmente con él, tratando de encontrar el giro que habría preferido para traducir tal o cual frase. Pero ¿no era siempre así? ¿No se trataba siempre de literatura y de escuchar las voces en apariencia mudas de los libros más queridos? Ahora él era también un nombre, pero su voz no estaba en el significado de las frases, en el efecto de una imagen o en la trama de un relato, sino entre las líneas, en el esquema de la caja, en cada letra cierta, en la lista de su catálogo. Edgardo Russo, aunque había escrito, había sido un poeta y lo sigue siendo en los inicios de una lírica objetiva, aficionada a la écfrasis, habla entonces en el espacio de los libros que quiso editar, en el cuidado tácito de su corrección, en no dejar pasar nada que pudiera mejorarse. Pero aunque me hablara todavía dos años más, con los autores que elegimos juntos y cuyos nombres en letras rojas o negras no llegó a ver impresos, ahora no podía confiar en sus revisiones, en las sugerencias de frases más cercanas a una perfección, más elocuentes o más eufónicas, más argentinas o más precisas. Ahora estaba solo, traduciendo sin una segunda vuelta, a merced de los errores que siempre se producen. Y además ¿a quién le importan hoy los poetas y filósofos que invocábamos con euforia, como si el mundo estuviera hecho para ser modificado por un libro? Con él se iba no sólo el editor más apasionado, más rabiosamente entusiasta y a veces iracundo, cuando el descuido apresaba a los otros, sino también un lector, un juicio cierto sobre el valor de los libros. La literatura no sirve para nada, pero su valor sólo es infinito para alguien. Un modo de la literatura, su valor, murió con Edgardo.

Tal vez hacia finales de los años '90 recibí un mensaje de Edgardo Russo, a quien no conocía personalmente. Había leído su nombre en un par de libros significativos: en un brillante poema de un gran escritor sobre la conversación lírica y en una presentación del inhallable discurso contra los poetas de Gombrowicz. También había leído en revistas algunos poemas suyos sobre fotografías. Pero su comunicación fue como editor, de un sello que

entonces dirigía y que estaba empezando con un catálogo refinado y muy atractivo. Quería invitarme a realizar una traducción de Francis Ponge, puesto que había visto un libro cordobés con dos conferencias y unos apéndices, sin derechos de autor, que por admiración yo había promovido casi más allá de toda posible lectura. Y resulta que entonces Edgardo me quería conocer, y quería un verdadero libro de Ponge, una antología tal vez de su obra poética. De alguna manera, nos encontramos en Buenos Aires y le propuse un libro de escritos más teóricos de Ponge: conferencias, ensayos, diarios de viajes, intervenciones orales, etc., que el mismo autor había titulado *Métodos*. Edgardo, que siempre mejoraba los títulos, igual que las versiones, que las imágenes de cubierta, contratapas y toda la apariencia de los libros, le puso a la compilación miscelánea de Ponge el subtítulo «y otros poemas–ensayo». Recuerdo todavía el impulso, el ánimo que me proporcionaba que alguien admirara a Ponge y quisiera hacer más libros suyos, invendibles, sólo porque la poesía y el pensamiento valen más que cualquier precio, que toda masividad imaginaria. Además, Edgardo me contrataba, me pagaba, el oro de la poesía se convertía en plata para vivir.

En nuestras conversaciones, surgían todos los libros del mundo que podíamos hacer. Algunos inauditos, monstruosamente complejos, como una antología de toda la obra poética de Michaux, que ni siquiera en francés era asequible completa y cuyos tomos esperamos para seguir eligiendo más y más poemas. Otros eran invitaciones a conocer mejor las escrituras que él admiraba, como el pedido de un prólogo para *Los papeles salvajes* de Marosa di Gioglio, que no habrá sido un prefacio tan informado ni tan preciso ni tan encomiástico como merecía ese conjunto de libros, de una naturaleza maravillosa y de un lenguaje inimitable, pero que sí me indujo a una inmersión en su mundo, durante meses de papeles que se mezclaban, se subrayaban y se desordenaban solos en un gran impreso sin abrochar que tiré por todos lados de mi casa en un verano de desciframiento y deleite.

También le debo a Edgardo conocer luego a la persona de tamaño salvajismo, su pelo anaranjado y su maquillaje infantil en un cuerpo de dama caído del oriente de nuestras llanuras, porque pude presentar esos dos volúmenes de poesía en prosa, de fragmentos líricos y dramáticos y narrativos junto a la autora, el cuerpo donde esas palabras se daban al papel. Sobre el manuscrito de un largo poema a la memoria de su madre, sobre las letras aplicadas y las invocaciones de un fantasma, vi caer gotas de la poeta que leía llorando, que presentaba la idea de la muerte ante la mirada incrédula de la literatura.

Desde entonces, durante todo lo que le quedó a Edgardo del siglo XXI, proyectamos e hicimos docenas de libros. Prologué, traduje, discutimos con fervor en Adriana Hidalgo, Interzona y El cuenco de plata; porque él iba fundando catálogos como si recibiera mandamientos desde el bien de los libros, como perteneciente a la orden de los editores descalzos, con capitales ajenos, con ahorros, con colectas de amigos o socios, siempre al borde de la ruptura: para él, sólo los libros importaban, mientras que los demás, habitantes del mundo, querían no perder plata o hasta ganar algo o incluso publicarse y publicar a sus amigos, y siempre recibían el trueno y el rayo de su inflexibilidad. Si un libro estaba en juego, hasta la más perdurable amistad debía ser sacrificada. Nunca peleé con Edgardo, quizá porque mi apego a los autores que editábamos sobrepasaba cualquier ansiedad individual, quizá porque en los años de nuestra colaboración, que era una forma muy eficaz de la amistad, vivíamos a muchos kilómetros y sólo podíamos sugerirnos temas por escrito o mediante alguna llamada telefónica en las noches en que la inexistencia de un nombre para nosotros importante requería que lo trajéramos de nuevo hacia la biblioteca del catálogo por venir.

No recuerdo mucho de su vida. No hablaba sino de libros o de algún encuentro memorable con un autor, o de lo que había intentado escribir antes de que yo lo conociera. De su juventud santafesina no sé nada. Un par de libros editados en la

Universidad Nacional del Litoral, de los que a veces prefería no hablar porque después habían sobrevenido peleas, las perpetuas disputas de los nombres que son como agua para poetas y otras clases de escritores. Una noche me contó un episodio en Santa Fe con el famoso visitante Saer, pero creo que se le escapó esa infidencia por efecto del vino, que tomaba en abundancia y con cierta preferencia por el blanco. Tampoco sé muy bien cómo se trasladó a Buenos Aires, pero es conocido un premio a su primer libro de poemas y se sabe de sus primeros trabajos como promotor de colecciones raras en una editorial y librería de herencia hispánica. Aunque Edgardo no hablaba mucho de su vida, de a poco aparecían los hechos, sobre todo porque ocupaban gran parte de sus referencias no librescas sus dos hijas, nacidas de un juvenil casamiento con una poeta santafesina. Lo imagino divorciado entonces, buscando que el amor a los libros encontrase un espacio donde crecer, conociendo a nuevos amigos, otros poetas, rosarinos, porteños, y casi naturalmente habrá bajado por la corriente de los grandes ríos hasta el que no tiene orillas y hasta la alegoría del cosmopolitismo donde viviría el resto de su vida y donde editaría los mil títulos de su deseo. Por eso, tácitamente, a veces sentí que le parecía absurdo mi absoluto desinterés en mudarme a Buenos Aires. Pero no había ríos navegables desde Córdoba. Destinados entonces a una conversación distante, de dos o tres encuentros anuales, nuestros mensajes eran pruebas de galera, anuncios, proyectos que nunca dejaban de sumarse. Como lo sabe también cualquier lector vicioso, cada libro llama a varios otros, y el que edita es adicto a una droga aún más dura, más costosa y más dañina para el cuerpo. Sin embargo, también ese apego a una serie de actos que terminaban en libros era la fundación de una comunidad, como si dos soledades en un desierto fueran ya la promesa de una multitud.

Resulta extraño que no pueda recordar ninguna incidencia de los sucesos de la época en nuestras charlas sobre libros. Caían gobiernos, moría gente, explotaban los bancos, la moneda se

devaluaba, pero estábamos siempre entre un filósofo italiano y un diarista francés. Después pasaban media docena de años, y el país parecía menos ominoso, pero seguíamos hablando de la novela inglesa, de prólogos, de viejas traducciones hechas por otros héroes en generaciones pasadas. Sin mencionar las novedades, los grandes narradores, los jóvenes y los viejos, que escribían o habían escrito en este mismo lugar y que tampoco hacían mucho caso de los años, de los puntos y comas de una historia farsesca. Los datos de la prensa no hacían más que reiterarse, pero no dejaban huellas, mientras que las ediciones y reediciones guardaban una memoria selectiva acerca de los ciclos y reciclos, cursos y recursos como los del viejo Vico. Quizás por eso parecía una forma del destino, un arabesco que al final de la vida cerraba todo con su sentido y su carácter distintivo, que Edgardo pasara los últimos años revisando una y mil veces nuevas versiones de Joyce, su *Ulises* sobre todo. Y así, el mito argentino volvía a surgir, como recurso del fin del mundo, ofreciendo un paralelo a la primera traducción al español de esa novela última en su género con la segunda versión hecha también por un lector apasionado, un traductor no profesional, si puede decirse así, cuyo anhelo encontró al mejor editor.

Edgardo me hablaba por teléfono extensamente para leerme el resultado de la colaboración entre ese traductor excéntrico y su propio oído entrenado y el cotejo con el intrincado original en el idioma de los bárbaros y la revisión de los otros dos intentos existentes de versiones castellanas y lo imposible en el paso de una lengua a otra. Eran como poemas nuevos que compartíamos a distancia y que parecían llegar de otro mundo, de épocas más lejanas que la Antigüedad. El mito de que en las palabras podía inscribirse, alojarse y transmitirse la vida salía de su boca entusiasmada, pronunciando unas frases babélicas forjadas entre media docena de escribas. Los antiguos sabían que en lo escrito no puede guardarse una voz, que el papel no contesta preguntas, que sólo una idea de la muerte pudo originar el acto de escribir, pero nosotros teníamos

otra fe en la materia. Era la literatura: que una vida se destinara a escribir para que en lo escrito latiese todavía, siguiera repicando en nosotros, aquí y ahora, la vida auténtica. Joyce fue entonces uno de los motivos de su alegría, un arabesco para el destino de hacer los mejores libros que se podían imaginar.

Algunos de mis mejores amigos fueron amigos de Edgardo, luego editados por él, luego enemigos íntimos. «No me hablé mal de Edgardo», tenía que decir para cambiar de tema cuando alguno empezaba con sus descripciones del suceso que los había enemistado. Siempre se trataba de hechos casi inasibles: plata, plazos de entrega, discusión sobre el valor de otro. Creo que se representaba entonces una antigua comedia, donde los papeles de editor y de autor no variaban en nada, apenas en el énfasis y en los cuerpos que actuaban, desde que se había inventado el libro como objeto vendible. Y si el valor del libro es un misterio hecho de muchos fragmentos, casi todos inmateriales, lo que vale un nombre, un autor, es todavía más secreto. Cualquiera que sienta que no vale nada, que es lo que tiene que ocurrir necesariamente, reaccionará entonces como un Arlequín del arte y culpará a quien le paga, tan pobre como él, pero al que llamará Pantaleón. Sin embargo, el editor no era un empresario, sino un escritor que usaba el catálogo como una pizarra mágica para hacer su obra. «Para mí escribir es ahora esto», me decía Edgardo cuando corregía una y otra vez algunas traducciones no suficientemente estilizadas de Henry James. No tenía nada más: todo lo que se ganaba haciendo libros era destinado a hacer más libros. Editar era el único modo de poder seguir editando. Me era imposible pelear con alguien que actuaba como respondiendo a un llamado, porque esperaba de todos un reflejo de su más alto deseo. El capital siempre era necesario, pero un solo libro valía más que todas las deudas del mundo. Sólo este axioma podía explicar la existencia de un ejemplar exótico —poemas, filosofía del siglo XVIII, novelas antiguas, uruguayos raros— en los torbellinos de una economía que nunca promete nada. Edgardo era entonces una figura, un

personaje diseñado en otro tiempo, pero no pertenecía ya a la comedia, donde habría sido un artesano o un ejecutivo o alguien que ejerce un oficio porque lo aprendió, sino que se insertaba ahora en una procesión, con sus novedades relucientes en una mano y el catálogo de la editorial en la otra, camino al altar de oro de la literatura.

En el misterioso poema sobre la poesía que llevaba el nombre de Edgardo, su entonces amigo Arturo Carrera lo describía hablando, bebiendo y recordando la intensidad de imágenes que lo apasionaban. El cine y la fotografía habían sido sus objetos de fascinación en una época anterior a nuestro encuentro, una edad santafesina, pero de esa memoria surgía sin embargo ante mi vista una colección soñada en todas sus iniciativas editoriales: el cine como pensamiento, la estética cinematográfica. En el poema, Edgardo dijo: «Travelling no, / retroceso y colmo y acumulación / en la repetición.» Y quizás yo escuché muchas veces las definiciones certeras de Edgardo, con una copa de vino. Estábamos en Buenos Aires, en el barrio de Congreso; o bien estábamos en Córdoba, en una casa, desgranando la lista de nombres perdidos, traduciendo los catálogos de la memoria y del siglo pasado a las pruebas y los derechos de autor del futuro. La ambición de abarcarlo todo era una forma de la risa entre bebedores de largo aliento. El poema también lo dice: «Y que beber sea admitir / la locura de la risa. Su piedad / y su resistencia. Su llanto. / Su elocuencia altiva y tan minuciosa / en el lúpulo separado del deber vivir / cambiando cada lugar / en una multiplicidad de terrones / desmesurados». No trataré de descifrar el secreto de estas imágenes, su rara intensidad, pero es cierta la desmesura jovial de la persona, la postura de Edgardo. Como si en la noche se consintiera la soledad, el aislamiento en un modo de pensar, en las palabras que sostienen no el mundo sino su devenir instantáneo, la foto de lo que pasa y no puede capturarse. Arturo Carrera lo anotaba en un acercamiento a la difícil amistad entre poetas: «... si pensar como beber aislara / Consintiera nuestro abandono... / Volviera más intensa la hilería

de mirar / soñar.» Pero no estaba aún ahí la soledad, quedaban décadas de cosas por hacer, palabras por imprimir, justificaciones estéticas de la vida por confirmar. «¡Otro vino!», podía pedirse. Y lo pedimos algunas veces, en Congreso, en Córdoba, nunca en Santa Fe, de donde sin embargo llegaba ocasionalmente la necesidad de que fuera blanco, como un vestigio del clima tropical en el cuerpo emigrado de mi amigo.

Cuando uno vuelve a leer *Reconstrucción del hecho*, a cada paso, en cada descripción, en las voces de fotógrafos, pintores y poetas que en ese libro toman la palabra, no cabe sino preguntarse: ¿cómo no siguió escribiendo siempre?; o apenas exclamar: ¡qué buen poeta! Pero esa prueba de potencia, esa precisión, el oído absoluto para las frases y los tonos, lo hicieron capaz de leer todo, de corregir todo. En lugar de componer, pasó sus últimas décadas, las que yo conocí, dedicado a la dirección de una gran orquesta. Las novedades del mes eran un programa de conciertos que armaba con mucho detenimiento, buscando la variedad, la combinación de lo raro y lo célebre, la mezcla de ensayo y ficción. Pero Edgardo fue también un artista visual en potencia, miraba el diseño y las tapas y decidía entre distintas opciones con un juicio infalible. Por eso pudo hacer que narraran, que versificaran unas imágenes punzantes: Diane Arbus, la suicida, que captura a un viejo de corbata «que se tapa el corazón con el sombrero»; o Richard Avedon sacándole a su padre las últimas, ridículas fotos antes de que muriese («En una foto te ríes: dientes perfectos / con los que te muerdes en otra foto la mano.»). Sin embargo, en ese gran libro no sólo hay observación, claridad y precisión, sino también un opaco dolor, algo más fáctico de lo que puede soportar la jovialidad de la poesía: «Días de 1979», se titula un poema; «(de la cárcel)», dice el subtítulo. Lo copio: «Risas en una cámara de eco. No las duras / jornadas de llanto contra la pared. / Risas en la cámara oscura de la cabeza. / Y el deslizarse del alma en la pendiente / como la bocha por la cancha lisa.»

Cuando él vivía, trabajábamos mucho, la amistad se deslizaba hacia las tareas inacabables de traducir, corregir, planear libros.

Ahora que no está sé que fue para mí mucho más que un editor y un lector y un maestro en lo que sabía hacer mejor que nadie. Fue alguien que justificaba el mundo, en quien se podía pensar al escribir o al no escribir, en las noches sin fin de mi provincia, como una presencia lúcida y amable, allá en el puerto, para que la luz del día adquiriese la tonalidad de la esperanza, por darle un nombre falso a ese deseo que nos guiaba, y que guió a Edgardo hasta el final.

SILVIO MATTONI

Córdoba, 19 de diciembre de 2018

CARTA

Querido Edgardo:

Sé que no vas a leer estas líneas, ni la descripción anterior algo distante, una suerte de crónica que no expresa nuestra verdadera cercanía. Recuerdo ahora, o más bien me lo recuerda la mujer de mi vida o existencia, en la intensidad del calor que vuelve con el verano, esos muñequitos de chocolate que siempre les traías a nuestros hijos, de una famosa confitería porteña. Nunca te olvidabas de emprender la aventura de transportarlos, a pesar del clima tórrido, que amenazaba con derretir esas caras, los ojitos de chocolate blanco, los sombreros y bonetes marrones. Venías en el avión con la enorme caja de chocolates en los brazos, cuidándola de las sacudidas. Y a veces agregabas unos juguetes antiguos, o artesanías de tu barrio de San Telmo que podrían sorprender a nuestras hijas más grandes o ser objeto de una manipulación curiosa por parte del varón más chico.

Cuando venías a casa, yo invitaba amigos para que te conocieran. Los escritores cordobeses, quizá demasiado interesados o demasiado cínicos, sin embargo estimulaban tu locuacidad y tu ingenio. Salían decenas de posibles libros de esos asados, aunque casi nunca se hicieron realidad. Entre nosotros dos sí, nuestra eficacia estaba comprobada. Pasamos también muchas reuniones familiares y creo que te sentías parte de nuestra familia. Una vez me

dijiste que querías que yo te heredara, que continuara tus proyectos, pero no era mi vocación editar. Me pareció además muy lejana esa posibilidad, tu temor, que hoy es demasiado real. Por suerte tus amigos siguieron y siguen editando los libros que imaginaste y otros más que te habrían gustado.

Como tus hombrecitos de chocolate en el verano, siento que mis brazos y mis piernas se ablandan, que la cara no conserva sus partes en el sitio original, el párpado derecho un poco se me cae. Mi envejecimiento relativo, actual, era quizá la edad que tenías vos cuando nos conocimos, y el mundo parecía infinito. Coincidían tanto nuestras lecturas, a las que podíamos sumar algunas sorpresas que nos dábamos, que era en verdad un infinito de posibles.

Pero la vida es más breve que cualquier biblioteca. Y morir no es una idea. Ya no podré escuchar nunca más la pregunta de alguno de mis hijos, cuando todos eran más chicos y no les parecía fácil pronunciar tu nombre o les resultaba raro, y entonces me decían: «¿cuándo vuelve Bernardo Russo?»; «Edgardo», les repetía yo, «Ed-gar-do», pero después se olvidaban o no les salía la transición entre sílabas, aunque nunca olvidaron tus regalos, tu interés en ellas y en él, porque los niños no se acuerdan de nada, excepto del amor.

Te daría un abrazo, querido amigo, si esto no fuese una despedida definitiva. Con el cariño de siempre,

Silvio



SILVIO MATTONI

nació en la ciudad de Córdoba en 1969. Es Doctor en letras por la Universidad Nacional de Córdoba, donde da clases de Estética. Es investigador del Conicet. Publicó los ensayos: *Koré* (2000), *El cuenco de plata* (2003), *El presente. Poesía argentina y otras lecturas* (2008), *Bataille. Una introducción* (2011), *Camino de agua* (2013), *Música rota* (2015) y *Tekhné* (2018). También publicó más de una docena de libros poesía. Recibió, entre otros, el Primer premio de Ensayo del Fondo Nacional de las Artes en 2007 y en 2012, la Beca Guggenheim en 2004. Tradujo numerosos libros de literatura, filosofía, antropología y psicoanálisis.

EDGARDO RUSSO

nació en Santa Fe en 1949. Publicó los libros *Reconstrucción del hecho* (1987, poesía) *Poesía y vida* (1988, ensayos), *Exvotos* (1991, poesía) y *Guerra Conyugal* (2000, novela). Hacia mediados de los noventa se instaló en Buenos Aires donde desarrolló una brillante carrera como editor, que había empezado en 1988 con la dirección de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral. En Buenos Aires participó de la fundación y la construcción de catálogo de los sellos Interzona y Adriana Hidalgo, y dirigió la editorial El cuenco de plata. Falleció en Buenos Aires en 2015.



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias